

Poemas

Por Edgar Altamirano Carmona*

I

Empacarás tus vivencias,
tus más cercanos sentimientos de asco
y dos diminutivos para el trayecto.
Acondicionarás de nuevo
el ambiente propicio,

—neón, sombras—

y esperarás desencantado a la noche
sin un grueso suéter para el frío.

Entonces tratarás de desarraigarte.
Comenzarás nuevamente;
reptarás cabizbajo, profano,
esta vez con los ojos cerrados y llorosos

por la añorada herida—en—el—hombro,
por el pelo coagulado;
soportarás por última vez
la estrechez del ovillo,
replantearás la realidad del mundo
en una barda
y partirás silenciosamente.

II

Desde este sitio se expande, tenue,
una serie de interrumpibles días
en los que se ha acrecentado
mi relación onírica con el mundo
suspendido en el vértice
de mis rotas certezas
y de mis planteamientos sin respuesta.

*Alumno de la Escuela de Ing. Civil de la Universidad Autónoma de Guerrero.

Ahí, el insomnio
sólo dispone de una rejilla
para mirar el largo desierto
con los ojos completamente negros
y la sangre manchada de ventiscas.
Entonces, es necesario descalzarse
y sentir el duro aire en la espalda;
es necesario quedar solo, suicidándose,
con una—única—y—desvirtuada—ala;
mirar el desierto convertido en fango,
la puerta con dos horarios,
el hombre derribado al final,
e intentar una sonrisa
aunque sólo se logre un lamento.

*Del amor que se queda
te ofrezco mi muslo descarnado,
la tibia acuosidad de mis ojos,
mi retina desprendida,
mi desmendida flacidez,
mi cráneo*

Rodavlas Odrallag.

III

a Lourdes

En el precoz discurrir de la llovizna,
ella permanece desnuda
con los senos henchidos aún de niebla
y unas gotas de esperma en las piernas.

Ella (mujer de oscuridades consoladoras)
reasume mi pelo,
entrecierra mis sueños,
mientras acequias y tejados
han quedado entre bambalinas.

Afuera, —entre la llovizna—,
alguien continúa
detrás del epitafio
de cada día.

IV

Exiliado de la calma
digo y me desdigo;
enfrento mis derruídas murallas
al mundo,
mis agotados promontorios
a sus muchedumbres,
mis eclipsadas almenas
al frío cálculo de sus catapultas.

Con los tobillos dislocados
y las manos en las axilas,
camino en los confines
del claro— oscuro,
comienzo para caer nuevamente
esta vez entre el crujir
de la noche
y el fosforecer de los cocuyos.

Caigo en la profundidad de la niebla
en el deslave de la bruma,
completamente hecho jirones.

V

Y el estancamiento del hollín
era insondeable.
Era el galeote anhelado,
el cieno milenario,
el respuntar del tedio.

Era la impasibilidad del subterráneo,
el salir a la calle en muletas,
el renunciar a los aspavientos,
y era el tiempo disminuído
a una escala de vaho,
el sopor inmiscuído
en el aliento,
y el sofocamiento
desde el vuelo . . .